

Oswaldo Bazán



La canción
de los peces
que le
ladran a la
luna



MAREA
EDITORIAL

¿Por qué Vil y River iban a encontrarse esa noche?

No era el destino, era algo más raro todavía. Era la literatura.

No hay conjunciones astrales, cartas marcadas, rosa mística o de los vientos. La ciudad, un laberinto de cuentos en donde se emparejan con desparpajo crónicas periodísticas con melodramas mexicanos, novelas épicas con ejércitos invasores y pequeñas valentías humanas con cuentos tan cortos como una mirada furtiva, dramas de final trágico en la próxima esquina y mujeres de falda corta con mentiras que recién se descubren en la última página cuando ya es irremediabilmente tarde.

Todos los finales son abiertos, todos los protagonistas mueren siempre en las últimas páginas.

La ciudad es un manojo de relatos cortos, de relatos largos, de epopeyas, sainetes, farsas, sagas y comedias que andan por las calles, y ahí en la esquina el principio del cuento de River se iba a cruzar con las páginas del nudo del cuento de Vil. Después de todo el amor es sólo eso, personajes escapados de una historia que entran donde no deben en el momento menos adecuado y tuercen los finales hacia el peor de los caminos.

Y ellos esa misma noche tuvieron que hablar de amor.

Vil estaba parado en la esquina, hacía tiempo que se había sumado a las cuadrillas del placer acostándose con viejos que siempre, indefectiblemente, se le enamoraban. Desafiando el manual, no quería clientes fijos. No podía tenerlos. No soportaba la idea. Los viejos se enamoraban de los tristísimos ojos marrones, el hoyito de la sonrisa permanente, el

silencio respetuoso y, claro, el cuerpo duro, líneas rectas, perfectas, David en colores. Le hablaban como hermanos grandes, pero sin esfuerzo podían ser los abuelos. Le pedían que dejara “esto” (era curioso, no tenían problemas en pedir cosas extrañas pero no podían nombrarlas).

Que le podían alquilar algún departamento.

Que le podían conseguir algún trabajo.

Que le podían pagar algún estudio.

No entendían nada, claro.

¿O todo el mundo quiere un departamento, un trabajo, un estudio?

¿Qué haría Vil con esas cosas, lastres para una vida más cruel aún?

¿Vil con corbata para que los viejos se la saquen con los dientes postizos?

¿Vil con celular para que los viejos lo llamen de urgencia ante un súbito ataque de calentura senil?

¿Vil con *notebook* para mandar la cotización de los polvos?

Los viejos no entendían nada.

Vil era la noche.

Un misterio cruzado por rayas blancas de pasión, de asco, de miedo. Vil era el cuento de un corazón que latía aun en medio de una pared, los programas más bizarros de la tele nacional, el vademécum de las heridas que no cicatrizan.

Vil brillaba en medio de los charcos de aceite de los talleres, en las escaleras de cemento sin baranda de las obras en construcción, en el asiento de atrás de un carcomido Ami 8 cremita. Rey en sábanas bordadas con las iniciales de una abuela de principios de siglo; dueño de todos los controles remotos de sus ocasionales clientes, adelantaba los videos por no hasta el momento después del goce.

Y acababa.

Y ese era su cuento. Un cuento en donde no entraban los cálculos, las cuotas, los cajeros automáticos

(aunque una vez se encerró en uno con un cliente, rompieron las luces blancas y sonó una alarma que los hizo salir corriendo).

Vil había desarrollado una fascinación enfermiza por las botas de cuero y eso sí era verdad, eso sí era importante. El mundo para Vil podía dividirse entre quienes calzaban botas de cuero y los otros. El dueño de una concesionaria de automóviles –y Vil supo agradecersele– le había hecho el mejor regalo de su vida: un par de botas negras con incrustaciones doradas y piel de víbora, una piel clarita, con escamas secas. Vil subía a un auto cualquiera y lo primero que hacía era sacarse las botas, meterlas en su mochila. No quería que las botas vieran lo que iba a hacer. Puede parecer una tontería pero Vil no tocaba a nadie con las bota puestas. Aseguraba que le traería mala suerte. Mientras esperaba en la esquina se miraba las botas. De a ratos se agachaba para sacarles una pelusa imaginaria. Levantaba la vista con cada auto pero volvía a bajarla hasta las botas cada vez. No podía imaginar que en pocos minutos más vería el resplandor reflejado en la puntera de su calzado.

River parecería en su cuento emanando una luz tan azul que cualquiera podría creer haberse encontrado con Ceferino como se lo ve en esas estampitas baratas entre dormido y resplandeciente. River estaba hermoso esa noche y no había hecho nada para eso.

River era hermoso.

Algunos al verlo llegaban asombrados a pellizcarse para ver si era cierto. Sí, les daba un poco de vergüenza ser tan obvios pero toda obviedad se desvanecía en el aire frente a la belleza de River. Los más enceguecidos se animaban y le preguntaban: “¿Vos sos River Phoenix?”. Los alargados ojos celestes, la boca dibujada con una fibra oscura, de donde se escapaba cada tanto una sonrisa tierna, el ángulo de la barbilla y esa sensación de que el mundo había sido hecho para que él tuviese dónde pisar eran las virtudes que

River no sabía que tenía mientras sus largos brazos andaban por las suyas al costado de un cuerpo que no necesitaba ser trabajado: River Phoenix no murió.

La trama de la ciudad, un río de acontecimientos minúsculos, encadenados sin moral ni moraleja, sin principio ni fin, es tan fantástica, tan fascinante, tan compleja, que es imposible leerla. Por eso apenas se puede seguir a algunos protagonistas hasta que se cruzan y comienzan a escribir cosas raras convirtiendo los cuentos en licuadoras enfurecidas que nadie sabe cómo hacer para que dejen de funcionar. Y encima no encuentran la tapa.

Esa noche las páginas iban a cruzarse y como suele suceder iba a ser de una vez y para siempre. Algo así como la literatura. Algo así como el amor. Dos almas que en el mundo no habrá puto Dios que pueda unir. Vil estaba en la esquina mirando sus botas, intentando encontrar un viejo con el que aún no se hubiera acostado; muy pronto vería el resplandor azul.

A diez metros de allí River se acercaba con paso firme pero lento. Caminaba y no estaba mal, no recordaba dónde había dejado el *scooter*. Una humedad pegajosa quería convertirse en llovizna. No era mucho lo que faltaba para llegar a la esquina. El Renault 18 rojo cruzaba despacio y adentro un tipo no quitaba la mano del gatillo.

Vil se iba a enamorar al ver el resplandor en sus botas.

